

Escritura Creativa e Inteligencia Artificial

Fernanda Porras Vizcaíno

Máster en Literatura Española y Latinoamericana

Universidad Internacional de La Rioja

fernandaporras95@gmail.com

Fecha de recepción del artículo: (09 noviembre 2023); Aceptado: (17 enero 2024)

Resumen

El siglo XXI ha traído consigo grandes cambios que prometen facilitar el ejercicio productivo de la humanidad, permitiendo al hombre invertir tiempo y dinero en cosas que llenen mucho más sus espacios de ocio con actividades que le hagan más feliz. El arte es considerado uno de aquellos espacios en los que el hombre se permite celebrar su humanidad y, sin embargo, las herramientas que la tecnología ha empezado a proveer han sido malversadas en el uso de la creación artística, específicamente, en el ámbito de la escritura. Lo anterior ha dado a los estudiantes de hoy en día la percepción de la escritura como una tarea más, sin comprender la trascendencia que tal ejercicio puede tener, su relevancia en la sociedad, así como en su propia vocación. Es la tarea del docente acompañar al estudiante en el encuentro de la medida justa para el uso de las herramientas, apoyándose en ellas, pero siempre comprendiendo que la esencia de la creación es propiamente suya, netamente humana. Es por ello que en el presente artículo se reflexiona a propósito del uso de las herramientas de Inteligencia Artificial (IA) como ChatGPT y su aplicación en la escritura creativa, dando espacio a la duda, a la evolución, al aprendizaje y al fomento del arte.

Palabras clave: arte, creación, docencia, escritura, herramientas, humanidad, Inteligencia Artificial

Abstract

The 21st century has brought great changes that are the promise of an easier productive exercise for humanity. This allows people to invest time and money in things that feed the leisure task, with activities that make humans much happier. Art is considered one of those spaces in which men celebrate their humanity and, nevertheless, the tools that technology has started to give have been misused in artistic creation, specifically and for the case of this article, the art of writing. This has given the nowadays students the perception that writing is one more task on their pending list. They do not comprehend the impact that such activity can have, how relevant it can be in society and in their own vocational path. It is the teacher's duty to be by the student's side to find the right balance in the use of the tools, but always understanding the essence of creation, which is mainly his or hers, mainly human. Therefore, this article explores the different aspects of the use of Artificial Intelligence (AI) elements such as ChatGPT and their appliance in creative writing, giving space to doubt, evolution, learning and art promotion.

Keywords: art, writing, humanity, Artificial Intelligence, teaching, creation, tools

Desde que tengo memoria he amado leer y escribir. Son mis lugares seguros, esos en los que puedo perderme sin darle cuentas a nadie y sin tener que salir de casa. Me ha tomado años construir hábitos de lectura y escritura, movida sólo desde la pasión que me significan la admiración por aquellos que escriben, comprendiendo la majestuosidad que requiere el hecho de escribir: leer, planear, pensar, dejar de dormir, pasar horas frente al papel o al ordenador y sufrir, porque vaya si el que escribe sufre. Sufre por lo que crea, por los demonios que libera mientras escribe, por los dolores que ha tenido que pasar para llegar a un punto en el que su obra le sea digna de su pasión.

Convertirme en maestra de escritura fue entonces para mí un logro enorme, uno que me llenaba de dicha al pensar que hay otros como yo, que no encajan en el mundo y el sistema elaborado en el que han sido obligados a habitar, y se decantan por crear sus propios mundos. Me llenaba de ilusión pensar que iba a poder acercarme a mentes prodigiosas llenas de heridas aún por descubrir, que crearían mundos increíbles en los que otros podamos vivir. Me hacía ilusión pensar que en mis filas podían estar los próximos Ted Dekker, Buket Uzuner, John Le Carré, David Safier, Elif Shafak, y tantos más. Me llenaba de dicha imaginar a alguno de mis estudiantes dedicando su vida con devoción a

la escritura, apasionados por sus personajes, historias, lugares. Me parecía fascinante.

Sin embargo, era claro que estaba viviendo un idilio. No es que no tenga mentes brillantes en mis filas, sí las hay. Me han sorprendido de maneras espectaculares, han dado la razón a mis esperanzas, muchos de ellos. Pero hay algunos otros que han estado mintiendo. No robaron las ideas de nadie, no copiaron las frases de ningún autor, no fusilaron el contenido de alguien más. Solo hicieron uso de las herramientas que este mundo les ofrece en pleno siglo XXI. Un par hicieron que un *bot* solucionara sus ejercicios de escritura. Un par de frases específicas, un par de datos claros y ¡bum!, porciones narrativas a la carta.

No podía creerlo cuando vi sus ejercicios escriturales; dudé de frases que no eran de su tono escritural habitual, pero me convencí a mí misma tontamente de que habían mejorado muchísimo y que se habían dedicado seriamente a su ejercicio escritural, movidos por la pasión que pensé que tenían. Habían acudido a aquel *bot* que en cuestión de minutos recopila toda la información que hay en Internet, todos los recursos literarios que existen, recuerda su entrenamiento, y genera piezas perfectamente bien escritas, bien redactadas y que parecen hechas por un humano. En un segundo me hicieron

dudar de todo lo que amo, de todo lo que he construido por años, de todo lo que me ha hecho acercarme más y más al mundo literario.

Por un momento se esfumó la magia, y de repente estaba escuchando que incluso ya hay novelas publicadas que han sido hechas por *bots*. ¿Cómo es posible eso? Si es que un escritor necesita de sensibilidad, experiencias y dolores para escribir obras, para vivirlas, para vencer a las personas de que las lean. Se hacen clubes de lectura alrededor de dichas obras, donde hablamos de la intención del autor, de su tono escritural, de la relevancia de su obra para el momento histórico en el que la escribió; discutimos la belleza de la prosa, la personificación de elementos; se nos llena la boca diciendo que un texto es bellissimo y delicioso, para que de repente todo se esfume así, sin más. Cala profunda la idea de la sensibilidad, las experiencias y los dolores de quienes escriben para poder producir las obras que leemos y tenemos en las manos.

Es el caso de la novela *Falta una palabra*, con 13.000 palabras escritas por una inteligencia artificial. Este proyecto se realizó en el año 2005 por el escritor Ángel García Crespo, quien ha publicado numerosas novelas y ha trabajado con inteligencia artificial (a partir de ahora IA) por muchos años ya. El autor escribió 25.000 palabras de dicho producto escritural y ajustó el sistema operativo de la inteligencia artificial para que produjera el compendio de ideas que darían como fruto *Falta una palabra*. No fue para nada sencillo llegar a aquello, pero el mismo García afirmó sorprenderse al descubrir que a pesar de estar bajo su influencia literaria y artística, la IA escribió con un estilo propio. Sin embargo, muchas de aquellas ideas carecían de sentido completo, no estaban conectadas o era un simple borrador. García Crespo tuvo que editar gran parte del texto, pero afirma que el trabajo se logró gracias a esta tecnología (Pascual, 2022).

Si me lo preguntan a mí, como escritora, es completamente innecesario hacer que un *bot* escriba una porción de mi novela, si luego yo voy a tener que rehacer gran parte de dicho ejercicio. Por supuesto, con fines

investigativos, el ejercicio es sumamente interesante, y da luces y esperanza a propósito de lo que depara el futuro en nuestro nicho, la escritura. Es sorprendente que la IA haya aprendido a producir su estilo propio, pero 13.000 en comparación de las 25.000 de García Crespo, me dicen que el verdadero escritor de la historia es el humano. Dudo que el autor tuviese problemas para encontrar inspiración y sintiese una necesidad absoluta de hacerse de un programa de IA para resolver aquel problema. Por el contrario, era solo un experimento, en el que de alguna manera volvió a fallar la intención de hallar humanidad en lo inhumano.

Es entonces evidente que la IA aún requiere bastante andamiaje por parte del escritor, de manera que pueda aprender de él. Incluso cuando ha aprendido y sorprende con innovación estilística, la calidad de lo que produce no es comparable a lo que ha producido la humanidad con escritores como Julio Cortázar, Jack Kerouac, Virginia Woolf o Truman Capote. Si bien la IA logra aprender a producir ideas y generar una trama que emule la naturaleza humana, tiene dificultades con ello. Es entonces evidente que la creación de productos literarios es aún una tarea netamente humana que requiere de elementos demasiado específicos como la inspiración, la creatividad, la imaginación, el dolor; todas herramientas para la creación, absolutamente necesarias para construir un producto coherente, sensible, que se acerque a la naturaleza humana.

Puede comprenderse el uso de la IA como una herramienta para el autor que no encuentra ideas para inspirarse, que no logra salir de la construcción de un párrafo o capítulo. Debe verse como un bastón de apoyo para el escritor, pero nuevamente se apela a su juicio frente a las consideraciones éticas: es incorrecto confiar todo el trabajo a la IA. En el caso de mis estudiantes -empecé a pensar- hicieron uso de esta tecnología para concretar algunos detalles, ideas, escenas, pero su mano estuvo todo el tiempo en su producto escritural, ellos son los verdaderos autores, ¿o no? Finalmente, aún no es posible que una IA produzca una obra de principio a fin y, sin embargo, ¿podríamos tildarle de *autor intelectual*? Aún tenía mis dudas, así que hice lo propio: investigar.

Para comprender la magnitud de tal evento, es necesario comprender a profundidad cómo funciona este tipo de tecnología. Para comenzar, al hacer uso de uno de estos *softwares* como ChatGPT, el usuario debe ingresar con sus credenciales de correo, y en la primera pantalla aparecen algunas opciones rápidas de tarea como *Inventa una historia*, *Crea un cuadro*, *Planea un viaje* o *Muéstrame un código*. El usuario solo debe hacer clic en una de dichas opciones para que la IA empiece a generar una serie de posibilidades. En el caso de mi interés, la opción adecuada parecía *Inventa una historia*; hice clic y se desplegó efectivamente una historia de cinco párrafos con locación, personajes y una trama clara, aunque sencilla. He ahí el asunto: era una historia básica, sin mucho más que cinco párrafos de una trama básica, muy parecida a cualquier otro cuento de caballeros y monstruos que haya leído antes. Funciona a la perfección, a excepción de algunas ideas inconexas con la historia, pero un niño de 10 años puede fácilmente hacer pasar esto como creación propia para su clase de español en la que la instrucción sea tan sencilla como *Escribe una historia corta en la que incluyas dos personajes, un espacio de acción y una trama que cumpla con la estructura del cuento vista en clase*.

Sin embargo, me hizo reflexionar. Era algo común, simple, nada especial; una pieza escritural que ya ha existido antes, que no da cuenta de la naturaleza humana, ni de esfuerzos mayores a propósito de la creación. En cuestión de cinco párrafos pequeños, la historia había nacido, florecido y muerto, todo con personajes, locación, y moraleja. Nada en realidad relevante, nada en realidad que quitase el aliento. Entonces pienso, ¿por qué hacemos esto? Es una herramienta, es comprensible, pero ¿no podríamos los humanos crear algo mucho mejor que esto? ¡Por supuesto que sí! Cosas mucho mejores, y es que ¡ya ha sucedido! Lo hizo Michael Ende con *La historia interminable*; lo hizo Jorge Luis Borges con *Ficciones*, lo hizo Gabriel García Márquez con *Cien años de soledad*, lo hizo Isabel Allende con *La casa de los espíritus*; lo hizo Roald Dahl con *Charlie y la fábrica de chocolates*; y aún quedan muchísimos autores por ver, cuyas obras aún no ven la luz; pero lo harán, todo producto de su imaginación, todo como obra de su propio intelecto. Una IA simplemente se dedica a recopilar información

de una base de datos, intenta emular lo que hacen los escritores; son una simulación de redes neuronales, buscando conexiones entre piezas de información, no creando conocimiento nuevo en sí (Wilkins, 2020).

Lo preocupante del asunto es que los humanos empecemos a perder la capacidad de hacernos cargo de un proceso creativo, en el que tradicionalmente es necesario cumplir diferentes etapas: inspiración, maquetación, materialización, producción; nos hemos saltado varios pasos en esta cadena, dedicándonos solo a la producción de una idea ajena, que ha sido traída por la IA luego de buscar en todas las bases de datos a las que tiene acceso en Internet. Es decir, solo estamos pidiéndole al sistema que nos encuentre buenas ideas que ya han sido producidas, creadas por otros humanos. ¿No es esto en resumidas cuentas copiar el trabajo de otros? La respuesta, desde la lógica aristotélica, es no.

Según Aristóteles, la mimesis o imitación es una necesidad básica para la creación. No invita a la copia de productos, procesos, ni materiales, sino a la inspiración a partir de ellos. ¿Por qué recorrer el camino que ya otros han recorrido en vez de aprender de él para estar cada vez más cerca de la grandeza? Aristóteles invita a la humanidad a acercarse a referentes que les convengan para entender cómo desarrollar el proceso creativo sin perder tiempo en descubrir lo que alguien más ya descubrió; en aprovechar ese tiempo para idear nuevas maneras de hacer nuevas cosas. Esa es la lógica de la IA (Ramírez, 2023).

Este sistema no es nuevo; los dadaístas en su afán por ser irreverentes y darle un giro al proceso creativo, se dedicaron a recortar palabras de revistas y diarios, ponerlos sobre el papel sin orden lógico alguno y crear poesía de aquella manera, sin sentido, forma ni combinación premeditada. Fue considerado como un ejercicio vanguardista, que no requería de nada más que la irreverencia del autor. Sin embargo, lo que argumentaron los miembros de este movimiento era que había que tomarse el tiempo de escoger las fuentes de las que obtenían sus insumos para la creación poética, y el resignificar los resultados que obtenían de dicho ejercicio escritural. Su

sensibilidad estaba a disposición de los productos que creaban, transmitiendo con ello un mensaje mucho más profundo a la sociedad, dando a entender que contrariar el arte y todo lo conocido para expandir su comprensión hacia nuevos horizontes, era absolutamente necesario (Rasula, 2016).

Como docente, poco a poco, he empezado a desligarme de la idea de que los estudiantes necesitan hacer su trabajo sin ayuda alguna de principio a fin, puesto que la inclusión de la tecnología en la educación lo ha venido cambiando todo. En mi época era el uso de la calculadora en clases de Matemáticas, Física y Química; recuerdo claramente a mis profesores preguntándome si es que acaso no sabía hacer operaciones básicas para tener que hacer uso de la tecnología y así responder un simple problema en el papel. No se trataba de no saber hacer operaciones básicas, pero la calculadora me hacía la vida más fácil -en especial a mí que nunca me han gustado los números ni las operaciones-, no es que nunca fuese a aprender a hacerlo, pero ¿para qué someterme al sufrimiento, a la pérdida de tiempo, a la tragedia, si es que era una herramienta? La calculadora no me hacía la tarea, solo me echaba una mano.

¿Entonces cuál es la medida justa? Esa es mi gran pregunta. En mi opinión, el arte es un asunto totalmente distinto, porque no deberían buscarse herramientas para facilitar ninguna tarea; el arte es una cuestión de emoción, de dicha de principio a fin. ¿Por qué querer facilitar el proceso creativo, si es que este se enriquece entre más en contacto estemos con nuestra propia humanidad? Es bien sabido que quien sueña con ser escritor no lo hace en busca del dinero -probablemente en busca de la fama, un poco-, pero no se trata de escribir para luego descansar. ¡Los escritores descansamos escribiendo! Porque es pasatiempo, gozo, compañía, felicidad. Sin embargo, admito que no es nada sencillo escribir, es una tarea que demanda mucho del escritor, pero eso es parte del proceso creativo, una fundamental, además. La respuesta a mi incógnita fue sencilla: aquellos estudiantes que quisieron usar ChatGPT para su producto escritural buscaban la manera de librarse de una tarea; eso era todo lo que representaba para ellos.

No dudo que estas herramientas ayuden al escritor a encontrar el cierre que necesita, o a encontrar la frase que ayude a concretar una idea. El balance estará en hacer uso de ello como una herramienta, no de abusar de la misma, dándole completo control sobre el ejercicio de la escritura. Pienso que hay más riqueza en tomarse un café con amigos, en ir a un museo, en leer un buen libro, en ir en el transporte público para escuchar las historias alrededor y así encontrar la inspiración, las ideas, el insumo para escribir. La interacción humana, el miedo, la herida, la repulsión, el amor, la pérdida; todas aquellas emociones y su vivencia son el combustible del escritor, lo que usa para hacer de su prosa un instrumento de comunicación, el único que tenemos muchos de nosotros. ¿Por qué querríamos ahorrar tiempo y esfuerzos en un ejercicio tan noble y unido al alma como la escritura?

Uno de mis pasatiempos favoritos son los clubes de lectura; me fascina ver cómo un grupo de personas que leen la misma pieza se reúnen alrededor de la misma para hacerse preguntas a propósito de la intención del escritor, de su vida y de cómo sus propias experiencias se ven inmiscuidas en su prosa, dándole un tinte absolutamente humano al ejercicio de la escritura. Supongo que se pierde mucho de ello cuando se hacen clubes de lectura alrededor de piezas que se atribuyen a la IA, como Falta una palabra. Habrá otro tipo de conversaciones alrededor de la obra, por supuesto, de una naturaleza muy diferente en nichos mucho más especializados que se interesen por funciones tecnológicas distintas. Para mí aquello sería un espacio vacío, lleno de datos específicos y del análisis de un algoritmo. ¿No es aquello un poco absurdo? A mí me lo parece.

En mi opinión el arte es una celebración de nuestra humanidad, una forma de recordarnos que estamos vivos, que nuestros corazones aún palpitan y que nuestros cerebros aún tienen la facultad de crear desde cero. ¿Por qué querríamos escatimar, ahorrar algo en aquel ejercicio tan importante de expresar el sentir humano, como lo es el arte? Habrá otros puntos de vista como el productivo -en cuanto a la relación tiempo-dinero- en los que muchos encontrarán sentido a la ayuda de la IA

para producir más rápido y más. Yo simplemente no lo entiendo porque más, y más rápido no significa que sea mejor.

Tal vez no se trata de que se extinga la humanidad, sino de que muera poco a poco, mientras nos arrebatan nuestras pasiones, nuestra magia, nuestra unicidad, ese toque que creemos nos hace diferentes. Tal vez todo es sobre hacernos producir más desde la homogeneidad en vez de la heterogeneidad; producir más de lo mismo, porque eso es lo que vende. Crear desde los métodos que ahora nos hacen más sencillo navegar por el mundo digital, hacernos a una fortuna trabajando desde y con los medios que están en auge, diciéndole a quienes amamos que comunicarnos e interactuar en línea es divertido, sencillo, mejor. Tal vez se trata de evolucionar con el siglo, de acercarnos cada vez más a la tecnología y avanzar con sus cambios vertiginosos, de manera que no seamos nosotros, los humanos, quienes terminemos por ser obsoletos.

Referencias

- Allende, I. (1982) *La casa de los espíritus*. Barcelona, Plaza & Janés
- Borges, J. (1944) *Ficciones*. Buenos Aires, Emecé Editores
- Dahl, R. (1964) *Charlie y la fábrica de chocolates*. Londres, Editorial Alfred A. Knopf
- Ende, M. (1979) *La historia interminable*. Stuttgart, Editorial Thienemanns Verlag
- García Márquez, G. (1967) *Cien años de soledad*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana
- Pascual, J. (2022) “Falta una palabra, la primera novela en español escrita por una inteligencia artificial”, *Revista Computer Hoy*. Recuperado de <https://onx.la/0bd10>
- Ramírez, S. (2023) “Aristóteles y la Inteligencia Artificial”, *Periódico en línea Perfil*. Recuperado de <https://onx.la/792a3>
- Rasula, J. (2016) “Dadá. El cambio radical del siglo XX”, Barcelona, Anagrama
- Wilkins, N. (2020) *Inteligencia Artificial: Una Guía Completa sobre la IA, el Aprendizaje Automático, el Internet de las Cosas, la Robótica, el Aprendizaje Profundo, el Análisis Predictivo y el Aprendizaje Reforzado*, Toronto, Bravex Publications